

# GOZO

## *Desafiante*

*AFERRARSE A LA ESPERANZA, LA BELLEZA  
Y LA VIDA EN UN MUNDO QUE SUFRE*

STASI ELDREDGE



GRUPO NELSON  
*Desde 1798*

NASHVILLE MÉXICO DF. RÍO DE JANEIRO

Dos

## La copa

*Queridos hijos, no amemos de  
palabra ni de labios para afuera,  
sino con hechos y de verdad.*

— I JUAN 3.18

A veces me siento como si estuviera de pie fuera de mi propia vida, mirando a través de un ventanal de cristal que no puedo traspasar. Al otro lado están los seres que amo. Veo a mi esposo y a mis hijos jugando con una libertad y tranquilidad del alma que a mí me resultan ajenas. Su «otredad», no *mi* otredad, es una carga en mi corazón, con frecuencia haciendo que sea imposible para mí participar en su gozo.

## GOZO DESAFIANTE

Mi familia inmediata está muy unida. Mi esposo y yo, con nuestros hijos y sus esposas, podemos hablar sinceramente sobre asuntos del corazón. Los temas difíciles se tienen que tratar con cuidado, pero estamos comprometidos con el diálogo porque estamos comprometidos entre nosotros. Y, sin embargo, con mucha frecuencia, aunque soy amada y amorosa, me siento como una isla separada de su tierra de misterio.

También he estado al otro lado del ventanal ante otras mujeres, observando mientras ellas comparten miradas y bromas de conexión y amistad, y me asombro por su intimidad. Amigas responden a invitaciones en Facebook a fiestas de las que yo no era parte. La gente habla de películas y libros que les encantan que yo he intentado ver o leer, pero, con mucha frecuencia, tras unos minutos han producido desaliento en mi cabeza y lo he dejado. No comparto muchas, pero muchas, de las experiencias de mis amigos y familiares.

No encajo.

Estoy fuera.

Algo debe estar equivocado y quebrantado dentro de mí.

Con mi familia de varones (incluso nuestras mascotas son machos), pensaba que quizá era mi feminidad, que mi estrógeno era una entidad desconocida para su rebosante testosterona. Era más fácil pensar así. Cuando mis hijos eran pequeños, pensaba que quizá era mi quebrantamiento, mi vergüenza, o no estar en forma lo que me impedía pertenecer a ellos de la forma que yo veía que ellos se pertenecían. Pero aunque han pasado los años y las circunstancias han cambiado, sigo sintiendo esa inexplicable otredad.

## La copa

Recientemente compartí esto con mi esposo y mis hijos, sobre cuán frecuentemente me siento como alguien ajena a mi propio mundo, a ellos, incluso a mí misma. Ellos asentían con la cabeza, con los ojos llenos de una sensación compartida. Me sorprendió darme cuenta de que ellos también estaban familiarizados con ese sentimiento en las distintas fases de sus propias vidas.

En *A Tale of Two Cities* [*Historia de dos ciudades*], Charles Dickens escribió que las personas que pululaban dentro de la cacofonía de Londres compartían este sentimiento: «Un hecho maravilloso sobre el que reflexionar, que cada criatura humana está constituida para ser ese profundo secreto y misterio para el otro».<sup>1</sup>

Vaya, no soy yo sola. Tampoco eres tú solo. Sentirse «otro», sentirse «aparte», sentir que no «encaja» es la condición humana. La soledad no es solitaria. Tras desenterrar gentilmente el corazón de una persona de la superficie protectora que le rodea, aún no he encontrado a nadie que no confiese su soledad.

Los humanos somos un misterio. No estamos hechos para ser un extraño ante nuestro propio ser, pero sentirnos extraños en nuestro mundo, incluso para quienes tenemos más cerca, a menudo es una experiencia común.

Sentirse solo es un dolor que compartimos, y estar solo es lo primero que Dios dijo que «no es bueno»: «No es bueno que el hombre esté solo» (Génesis 2.18). Sin embargo, sí nos sentimos solos. Aislados. No entendidos y a menudo no queridos. No es solamente tu estado; es algo que todos tenemos, y algo de lo que sentimos que tenemos que huir.

## GOZO DESAFIANTE

Insensibilizarnos. Escapar. Ignorar. Es difícil anhelar conexión y sentido y vivir bajo una carga de futilidad y un vacío que se burla. Pero cuando huimos, sembramos el fruto de la negación y terminamos aumentando nuestro dolor en vez de suavizarlo. La desesperanza y la negación pueden mitigar temporalmente el deseo y el dolor cuando lo sentimos, pero el deseo es una llama que rehúsa apagarse.

Intentar hacer eso nunca funciona, y más bien puede llevarnos fácilmente a adicciones dañinas. Como escribieron John Eldredge y Brent Curtis en *El romance sagrado*:

Cualquier cosa que sea el objeto de nuestra dependencia se adhiere a nuestro anhelo intenso de comunión eterna e íntima con Dios y con cada uno de nosotros en medio del paraíso... el deseo que Jesús mismo plantó en nosotros antes del principio del mundo. Nada menos que esta clase de comunión no perdida satisfará para siempre nuestro deseo o lo dejará beber libremente sin aprisionarlo ni aprisionarnos. Una vez que dejamos a nuestro corazón beber el agua de esas fuentes menos que eternas, on el propósito de encontrar la vida para la que fuimos creados, el corazón domina nuestra voluntad y se vuelve, como lo dijera Jonathan Edwards, «como una víbora, silbando y escupiendo a Dios» y a nosotros si intentamos contenerla.<sup>2</sup>

Tenemos un dolor. Es un dolor válido. Por supuesto que anhelamos ser amados eternamente; fuimos creados a imagen de un Dios que es eternamente amoroso. Nos duele el

## *La copa*

deseo porque estamos hechos para una vida que aún no es nuestra. Intentamos escapar del dolor por temor a que el dolor suavice cualquier resto de esperanza de felicidad que quede. Corremos hacia una cura rápida porque sabemos que nuestro corazón necesita una cura.

La lista completa de curas fáciles y felices que hay disponible daría para escribir un libro completo. Dopamina, serotonina, oxitocina y endorfinas son el cuarteto de neurotransmisores que te hacen sentir feliz, Dios las bendiga. Recibir un mensaje en el teléfono libera dopamina, y lo mismo produce el mirarlo. Quizá te estás preguntando por qué algunas personas admiten sentirse pegadas a sus teléfonos celulares. Les proporciona una descarga de alegría. Lo mismo hace el azúcar, y el alcohol. La lista es larga, y algunas de esas cosas de la lista tienen el potencial de hacer mucho más daño que otras.

Me gusta mucho sentir alegría. Es algo que me encanta por completo. ¿Y a quién no? Pero mi búsqueda de la felicidad a veces me ha metido en problemas. Estoy bastante segura de que también a ti te ha causado problemas.

A veces me pregunto si, en nuestra loca búsqueda de la felicidad, adelantamos al gozo que podría ser nuestro. Trabajamos mucho para cambiar nuestras circunstancias o cambiarnos a nosotros mismos para así ser felices. Entramos en conductas adictivas (el ejercicio, por cierto, es también muy adictivo; también lo es organizar tu vida). Después trabajamos mucho para salir de nuestras adicciones, lo cual a veces solo empeora las cosas. Y mientras tanto, Dios está junto a nosotros con una amable invitación para darnos gozo, pero no

podemos oír esa invitación mientras estemos enfocados en lo que pensamos que tiene que suceder para que seamos felices.

Si queremos vivir en el poder de la resurrección de Jesús, primero debemos pasar por la crucifixión. Debemos dejar de correr. La autorrelajación puede durar un momento, pero ese momento se puede convertir en una entrada a una celda. Jesús vino para liberarnos, y en Él podemos ser libres. Pero no seremos libres si seguimos escondiéndonos y rehusando hacer frente al amargo dolor que se debe desafiar para producir bondad.

El sufrimiento es una parte esencial de toda nuestra vida; y cuando estamos en medio de él, Dios nos recuerda que la ausencia de sufrimiento no es lo mejor para nosotros. La presencia de Dios es lo mejor. Y saber que su presencia está en medio del dolor es el mejor regalo de todos.

## Y después está Pablo

En el breve libro de Filipenses, solo cuatro capítulos de longitud, Pablo usa la palabra *gozo* dieciséis veces.<sup>3</sup> Pablo no escribió este libro durante unas vacaciones de primavera. Lo escribió desde una celda en Roma mientras esperaba ser ejecutado. En lo que deberían haber sido los días más oscuros de su vida, él escribió el libro más alentador de la Biblia.

Pablo no escribió desde una posición de negación, sino desde una posición de seriedad y realidad gozosa. Allí encadenado escribió sobre el «incomparable valor de conocer a

Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo» (Filipenses 3.8). Pablo sabía algo; *experimentó* algo. La palabra que usa aquí para describir su experiencia, su conocimiento, no es teórica. No es saber algo como podríamos saber acerca de los antiguos sumerios o la ley de la termodinámica. La palabra es *gnosis*, un conocimiento profundo, personal, íntimo. Pablo había experimentado a Dios de tal forma que incluso en la cárcel pudo encontrar un gozo muy real al fijar su mirada en Jesús.

Tampoco lo estaba fingiendo; no estaba viviendo en alguna forma de negación espiritualizada. Aquí, en su tratado sobre el gozo habla honestamente de sus sufrimientos (Filipenses 1.29, 30). Después describe «ser ofrecido como un sacrificio» (2 Timoteo 4.6). Pablo escribió sus cartas con una esperanza indisputable que ardía con fuerza y brillo porque no negaba sus sufrimientos.

Sea lo que sea que signifique esto, nos dice que hay un gozo disponible a pesar de nuestras circunstancias. ¡Dios mío! Jesús fue a la *cruz* viendo el gozo delante de Él (Hebreos 12.2). Como escribió el salmista: «Si por la noche hay llanto, por la mañana habrá gritos de alegría» (Salmos 30.5). Este no es un tipo de publicidad engañosa cristiana. Esto no es para «algún día». No. El gozo se nos promete ahora, y es nuestra herencia. Hay un camino hacia el gozo. La clave es recorrer ese camino con nuestra mirada puesta en Jesús, aun cuando el camino esté salpicado de sufrimiento.



## El gran debate

Todos intentan encontrar su camino hacia el gozo, y si no hacia el gozo, al menos hacia la felicidad. Es un buen deseo, por cierto, pues impulsa nuestra búsqueda. Nos mantiene avanzando. Las personas que abandonan incluso el *querer* ser felices están sumidas en lo que podíamos llamar una depresión.

Pero en el cristianismo parece haber este debate perenne sobre cómo llegar ahí. Una parte, cada vez con más auge por razones obvias, promete una vida por encima y más allá del sufrimiento. Si tan solo adoramos/creemos/proclamamos/o lo que sea, podemos vivir en la plenitud del reino de Dios ¡ahora mismo! No tenemos que estar enfermos/pobres/heridos. ¡La victoria es nuestra! ¡Hay un camino que bordea el sufrimiento!

La otra parte, a menudo reaccionando a estas atrevidas afirmaciones, se esfuerza mucho por decir que no, que las promesas de Dios son principalmente para después. La sanidad, el avance, la victoria vienen después, cuando nos morimos, en el cielo. Algunos de los defensores de esta posición son santos muy queridos, quienes, incapaces de encontrar avance, han hecho una teología de su propia decepción.

Yo solo quiero destacar dos cosas: primero, el sufrimiento está garantizado a los santos. Jesús les dice a los discípulos y a nosotros: «En este mundo afrontarán aflicciones» (Juan 16.33). Segundo, el gozo está prometido claramente a los hijos de Dios *en esta vida*. Jesús dijo a sus discípulos: «Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido» (Juan 16.24, RVR60).

## *La copa*

No es una situación en la que hay que elegir entre si/o, gracias a Dios. Porque a pesar de lo mucho que algunos lo hemos intentado, parece que no somos capaces de librar a este mundo de sufrimiento tan solo adorando más tiempo u orando más intensamente, o con cualquier supuesto método mágico. Creo que gran parte del avance y la sanidad *está* disponible en esta vida. La historia de la iglesia está llena de tales relatos. También creo que el gozo y el logro no son cosas opuestas al sufrimiento, sino que están disponibles en medio del mismo. El sufrimiento no es un fallo de fe por nuestra parte; su presencia no significa una ausencia de las promesas de Dios. Podemos vivir con sufrimiento y gozo simultáneamente. ¿Cómo funciona esto?

El gozo está profundamente arraigado en la disponibilidad de Dios y su reino aquí y ahora. A veces vemos avances, y otras veces encontramos un conocimiento más profundo de Dios en nuestro sufrimiento. Pero ni el avance ni el sufrimiento es finalmente el punto. El gozo que Pablo descubrió, el gozo que Jesús conoció y al que nos invitó, comienza en una experiencia más profunda de Dios, al margen de cuál pueda ser nuestra situación.

## Jesús y la copa

Al considerar lo que es encontrar gozo en el sufrimiento, no hay mejor ejemplo que el de Jesús mismo. Veamos con más detenimiento sus últimos días en la tierra.

## GOZO DESAFIANTE

En 1 Corintios 11.24-26, Pablo relató las palabras de Jesús en la última cena con sus discípulos: «De la misma manera, después de cenar, tomó la copa y dijo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; hagan esto, cada vez que beban de ella, en memoria de mí”».

Aquí es cuando aparece finalmente la imagen de la copa. Es interesante que continúa apareciendo según avanza la noche. Cuando Jesús y sus discípulos terminaron de cenar, fueron al huerto de Getsemaní, y Jesús volvió a mencionar la copa:

«Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí *esta copa*; pero no sea como yo quiero, sino como tú». (Mateo 26.39, RVR60, énfasis de la autora)

«Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí *esta copa* sin que yo la beba, hágase tu voluntad». (Mateo 26.42, RVR60, énfasis de la autora)

«Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras». (Mateo 26.44, RVR60)

«No mi voluntad», dijo Jesús, «sino la tuya, Padre». Después de pedirle a Dios que le quitara esa copa tres veces, pero finalmente poniendo su voluntad en manos de su Padre, Jesús continuó por el camino hacia su inminente sacrificio:

Enseguida una turba entró entre los olivares, buscando a Jesús. Estaban, por supuesto, siendo dirigidos por uno

## *La copa*

de los mejores amigos de Jesús, uno que había disfrutado de su última cena con Él. Jesús sintió el beso frío y negro de la traición cuando los labios de Judas rozaron sus mejillas. Sintió las cuerdas y las cadenas a su alrededor arrebatándole su libertad. Escuchó los apresurados pasos del último de sus amigos que le abandonaban. Jesús estaba completamente solo. Lo que hace que este cuadro sea tan conmovedor y trágico es que probablemente cada uno tenemos historias de traición, soledad y abandono con las que nos podemos identificar. Conocemos en alguna medida lo que se siente. Y este es el Dios del que estamos hablando, un Dios humano abandonado, traicionado y aislado por aquellos a los que creó.<sup>4</sup>

Al llegar los soldados al huerto, Jesús dio un paso al frente para ofrecerse a sus enemigos, y también Pedro se adelantó y cortó la oreja del siervo del sumo sacerdote. Jesús reprendió a Pedro y le exigió guardar la espada. Después dijo: «La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?» (Juan 18.11, RVR60).

¿Cuál es esta copa? De hecho, Jesús había mencionado esta copa antes de esa fatídica noche.

Anteriormente, en Mateo 20.20-28, la madre de Santiago y Juan, de la forma típica de las madres, preguntó si sus hijos tan buenos y apuestos podrían tener el honor de sentarse junto a Él en su reino. Jesús respondió con una pregunta: «¿Pueden acaso beber el trago amargo de la copa que yo voy a beber?» (Mateo 20.22).

## GOZO DESAFIANTE

No era una reprensión. Era simplemente una pregunta, a la que los hermanos respondieron: «Sí, podemos» (Mateo 20.22).

Fue un sí dado alegremente. Está claro que no podían entender todo el peso de lo que Jesús estaba preguntando. Jesús entonces se giró a los demás discípulos que estaban enojados porque la madre de Santiago y Juan se hubiera atrevido a preguntar algo así. Ellos querían sentarse también al lado de Jesús.

Jesús habló a todos ellos y después dijo que la grandeza en el reino de Dios no se obtiene fácilmente. Viene por el camino del amor, un camino de sacrificio, servicio y sufrimiento. Esta es la copa de Jesús. Y las personas que buscan seguir sus pisadas deben beber de ella y llegar a ser como Aquel que «no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Mateo 20.28).

### ¿Podemos beber de esa copa?

Echemos una mirada más detallada a la plenitud de lo que significa esa copa. ¿En qué otro lugar de la Biblia hemos visto la imagen de la copa? Hay varios pasajes que conectan la ira de Dios con la copa. Jeremías 25.15 nos dice: «El SEÑOR, el Dios de Israel, me dijo: “Toma de mi mano esta *copa* del vino de mi ira, y dásela a beber a todas las naciones a las que yo te envíe”» (énfasis de la autora). Después, en Isaías 51.17 dice: «¡Despierta, Jerusalén, despierta! Levántate, tú, que de

## La copa

la mano del SEÑOR has bebido la *copa* de su furia» (énfasis de la autora). En Apocalipsis, un ángel dice: «Si alguien adora a la bestia y a su imagen, y se deja poner en la frente o en la mano la marca de la bestia, beberá también el vino del furor de Dios, que en la *copa* de su ira está puro, no diluido» (Apocalipsis 14.9, 10, énfasis de la autora).

Jesús conocía las Escrituras y era plenamente consciente de esta imagen cuando oraba en Getsemaní con la cruz asomándose de forma muy inminente: «Padre mío, si es posible, pase de mí *esta copa*; pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mateo 26.39, RVR60, énfasis de la autora).

Sabemos lo que sigue. Sabemos que el Padre no dejó que la copa pasara de Jesús, sino que le exigió beberla del todo por nosotros. Sabemos que los discípulos también beberían de una copa, una copa de sufrimiento (Mateo 20.23). Pero la copa de sufrimiento de Jesús era distinta a la de ellos, y a la nuestra, porque el sufrimiento de Jesús era bajo la ira de Dios. Jesús bebió la copa de la ira de Dios, una copa que había acumulado la furia de Dios contra todo mal, todo acto de adulterio, desobediencia, asesinato, rencor, rabia, ofensa, traición... todo ello durante todo el tiempo.

Esta es la copa de la que Jesús bebió en la cruz.

Había otra copa que se le ofreció a Jesús en la cima del monte Gólgota. Mientras sufría, el misericordioso centurión le entregó una copa. Jesús olió el líquido. Era vino mezclado con mirra, un leve narcótico para aliviar el dolor, pero Jesús sabía que no debía aliviar el dolor ni tapanlo de ninguna manera. Tenía que sentirlo, así que rehusó beber el

## GOZO DESAFIANTE

elixir. Sin negación, sin nublarlo, soportó siendo totalmente consciente del dolor para que produjese su obra al completo.

Como Jesús bebió de la copa de sufrimiento e ira, esa copa se convirtió en la copa de la salvación. La copa del sufrimiento se convirtió en la copa del gozo. Resulta que es la misma copa.

Hebreos 12 dice que por el gozo puesto delante de Él, Jesús soportó su tortuosa muerte en la cruz. Pero para recibir el gozo, primero tuvo que estar dispuesto a beber de la copa del sufrimiento. En medio de su agónico dolor, Jesús fijó su mirada en su Papá y se aferró al gozo que sabía que vendría al otro lado de la cruz. Nos mostró que nosotros también podemos tener gozo en medio de nuestro sufrimiento por el gozo que hay delante nuestro, y nadie nos lo puede arrebatar.

«También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo». (Juan 16.22, RVR60)

Nada ni nadie puede arrebatararnos nuestro gozo futuro en la gran reunión que se va a celebrar cuando Cristo regrese y haga nuevas todas las cosas (Apocalipsis 21.5). Vida eterna, eternamente agradable y deleitosa, se dirige hacia nuestro camino. Jesús abrió el camino con su muerte y resurrección, y esa vida nueva gozosa es una promesa para nosotros también. Pero recuerden, amigos: para llegar a la resurrección, tenemos que pasar primero por la crucifixión.

Sufriremos, pero nunca sufriremos como lo hizo Jesús, nunca, porque Jesús bebió la copa de la ira de todos los

## *La copa*

pecados de toda la humanidad. Aunque sufriremos, siempre será bajo una carpa de gracia y amor, nunca de ira y juicio.

Esta es la copa de la que Jesús nos invita a participar como Él hizo. No es ningún santo grial místico que debemos buscar para encontrar la eterna juventud y el gozo infinito. Esta copa es real. Bebemos de ella para recordarlo a Él cuando celebramos la última cena, proclamando su muerte y resurrección hasta que lo volvamos a ver. Bebemos de ella para proclamar como lo hacen en la misa episcopal: «La sangre de Cristo, la copa de salvación».<sup>5</sup> Tomamos la copa para participar de la comunión de Jesús y de todos los santos que nos preceden con una esperanza intocable. Tomamos la copa de la bendición, y al hacerlo, cantamos como lo hizo David: «¡Tan solo brindando con la copa de salvación e invocando el nombre del SEÑOR!» (Salmos 116.13). Y finalmente, bebemos de la copa porque no evitamos nada de lo que Cristo considera que es necesario para moldearnos a su imagen.

Podemos gozarnos por eso.

## Gócense

¿Qué hace que un pecador se goce?

Que sus pecados han sido perdonados.

¿Qué hace que un ángel se regocije? En Lucas 15.10 Jesús nos dice: «Les digo que así mismo se alegra Dios con sus ángeles por un pecador que se arrepiente».



## GOZO DESAFIANTE

¿Qué hace que Dios se regocije? Cuando acudimos ante Él temblando, entregándole todo nuestro corazón como un compromiso de amor.

¿Qué hace que Jesús se regocije? Vayamos a Lucas.

Cuando los setenta y dos regresaron, dijeron contentos:

—Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.

—Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo —respondió él—. Sí, les he dado autoridad a ustedes para pisotear serpientes y escorpiones y vencer todo el poder del enemigo; nada les podrá hacer daño. Sin embargo, no se alegren de que puedan someter a los espíritus, sino alégrese de que sus nombres están escritos en el cielo.

En aquel momento Jesús, *lleno de alegría* por el Espíritu Santo, dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad». (Lucas 10.17-21, énfasis de la autora)

Las Escrituras dicen que Jesús se regocijó mucho. Otra traducción dice que Jesús estaba exultante (Lucas 10.21, THE MESSAGE). ¡Estaba exultante! ¿Por qué? Porque nos transmitió a nosotros su autoridad. Él comparte su victoria con nosotros. Podemos hacer la misma obra que Él hace. Podemos compartir el gozo de nuestro Maestro (Mateo 25.21).

## *La copa*

¿Qué te hace regocijarte?

¿Es conocer el increíble sacrificio de Jesús, su disposición a beber de la copa de la ira de Dios para que tú no tengas que hacerlo nunca? ¿Es su muerte en tu lugar? ¿Es el hecho de que tus pecados han sido perdonados? Claro que sí.

Podemos tener gozo, porque podemos conocer la fortaleza de Dios en nuestra debilidad. Porque las misericordias de Dios son nuevas cada mañana. Porque al pasar por este valle de sombra de muerte nunca estamos solos ni abandonados. Nuestro Dios va delante nuestro, y detrás, a nuestro alrededor y en nuestro interior.

Podemos tener gozo, al margen del dolor o el sufrimiento que estemos padeciendo ahora, porque el Padre nos ha escogido y nunca nos apartará su rostro. Somos amados, para siempre, y nada puede separarnos de ese amor.

Podemos tener gozo porque estamos grabados en el corazón de nuestro Padre y en las manos traspasadas de Jesús, y en Cristo somos victoriosos. El sufrimiento no tiene la última palabra. De hecho, Dios va a usarlo para que venga incluso más bien a nuestra vida.

Santiago 1.2-4 nos dice: «Considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia. Y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada».

Dios nos está haciendo crecer. Él está comprometido con hacer de nosotros la novia madura de Cristo:

## GOZO DESAFIANTE

También nos alegramos al enfrentar pruebas y dificultades porque sabemos que nos ayudan a desarrollar resistencia. Y la resistencia desarrolla firmeza de carácter, y el carácter fortalece nuestra esperanza segura de salvación. Y esa esperanza no acabará en desilusión. Pues sabemos con cuánta ternura nos ama Dios, porque nos ha dado el Espíritu Santo para llenar nuestro corazón con su amor. (Romanos 5.3-5, NTV)

La pena y el dolor que llegan son reales, y tenemos un Dios que está muy familiarizado con ellos. Él no nos pide que ignoremos nuestro dolor, sino que lo invitemos a Él para que podamos sufrirlo juntos.

A pesar de todo, podemos conocer un gozo desafiante interior porque la muerte ha sido derrotada. La vida ha ganado. Hay sufrimiento, sí, pero siempre está el potencial para el gozo.

Ante la realidad final que Jesús ganó para nosotros, no tenemos que fingir que la vida es mejor de lo que es, que no nos duele tanto como nos duele, que estamos felices cuando no lo estamos. Se nos invita a estar plenamente vivos, despiertos, alerta y orientados a la verdad, y a saber que gracias a Jesús podemos estar desafiantemente gozosos.

---

*Padre, confío en ti, pero tú sabes que esto es difícil. Lo estoy pasando mal, Dios, y te necesito. ¿Podrías por favor venir a*

*La copa*

*ayudarme en este lugar? No entiendo por qué está ocurriendo esto, y, sin embargo, aquí y ahora, proclamo que tú eres bueno y que confío en ti. Necesito tu fuerza, tu misericordia, tu consuelo y tu ayuda. Te pido gracia para soportar y oro para que tú traigas tu vida y tu reino aquí. Haz brillar tu luz en esta situación y trae tu sanidad y liberación. Por favor, dame más de tu presencia, Dios. Tengo mis ojos en ti. Te amo. Te pido que intervengas. Lucha por mí, Jesús. Gracias porque no me has abandonado. Gracias porque me amas. Gracias porque tiene planes de bien para mí y porque eres más fuerte que cualquier cosa que enfrente. Solo tú eres Dios. Eres mío y yo soy tuyo. Así que ven, Jesús. Ven. Y usa esto para ayudarme a conocerte, amarte y para que me transformes de una forma aún más profunda. Te lo pido en el nombre de Jesús. Amén.*